LLUVIA NEGRA

UNA NOVELA DE WILBERT WUSYNTH

Lluvia Negra

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Tras la muerte de **Mei Ling** (2018), Augusto encuentra en un armario cerrado desde 1981 una caja del abuelo **Lin Yaowen / Hayashi Teruo**: planos de guerra, cartas desde Hiroshima, un reloj parado a las **8:15** y un cuaderno. En él, el abuelo no llora a su mujer **Kiyo** y a su hija **Sachiko** (enviadas "a salvo" a Hiroshima en 1943 y borradas por la bomba): copia durante años, con letra de contable, la ingeniería del artefacto, la ruta del uranio, la tripulación del Enola Gay. Abajo solo anota, tembloroso: *Funcionó*. Esa lógica —piezas separadas para que ninguna sea peligrosa sola— es el lema oculto de los Lin: dinero, cuerpos y verdades siempre subcríticos. Augusto fue durante 42 años el hombre que lo sabía casi todo y no constaba.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Lluvia Negra

Capítulo 1 — El artefacto

La casa de Barker Road tenía once habitaciones y ningún lugar donde sentarse sin permiso. Lo digo yo, que la cuidé cuarenta y dos años y que, cuando por fin fui su dueño provisional —dos semanas de albacea inútil, en octubre de 2018—, me pasé la primera tarde de pie en el salón, sin atreverme a ocupar el sillón de la señora.

Mei Ling llevaba nueve días muerta. En Hong Kong la muerte de una mujer rica es un asunto administrativo: llegan primero los abogados, después los sobrinos, y al final los que barremos. A mí me tocó lo último y lo primero, porque yo era el único que sabía dónde estaba cada llave, y porque nadie más quería tocar aquello.

Me llamo Augusto Sequeira. Nací en Macao en 1954, de padre portugués con nombre y sin dinero y de madre china con dinero y sin nombre, lo cual explica bastante de mi carácter. Los Lin me contrataron en 1976 como chófer. Después fui otras cosas: encargado de la casa, recadero, enfermero improvisado, confidente en horas raras, guardián de puertas cerradas. Nunca fui de la familia. Tampoco fui exactamente un empleado. Fui esa figura que existe en todas las casas grandes de Asia y que en ningún idioma tiene un nombre digno: el hombre que lo sabe todo y no consta.

Escribo desde 2026. Casi todos han muerto o se han ido lejos, que aquí viene a ser lo mismo. No tengo archivo. Tengo lo que vi, lo que me contaron, y —sobre todo— lo que decidí no preguntar, que es el material más abundante y el más difícil de manejar.

Los últimos años de Mei Ling fueron una campaña militar contra el desorden. Tenía setenta y un años y un cáncer de páncreas que negaba con la misma serenidad con la que negaba los tifones: *pasará*. Se levantaba a las seis, se vestía completa —medias, broche, el pelo tirante— para bajar doce escalones y tomar un té que no bebía. Revisaba las alacenas. Contaba las sábanas. Cambiaba de sitio los ceniceros que nadie usaba desde 1998.

—Ah Gu —me decía—, la casa está sucia por dentro.

Yo limpiaba. Ella volvía a decirlo. Tardé años en entender que no hablaba de la casa.

Su frase más repetida, la que podría ir grabada en su lápida si su lápida dijera la verdad, era: *que no se sepa*. No especificaba qué. No hacía falta. En aquella familia el secreto no era una información: era un clima.

Fue en el tercer día de vaciar el estudio cuando encontré la caja. Estaba en el fondo del armario del abuelo, un armario que Mei Ling había mandado cerrar en 1981 y que en treinta y siete años nadie abrió, ni siquiera para que entrara aire. Olía a alcanfor y a algo más antiguo, un olor de papel que ha estado respirando solo.

Dentro había cuatro cosas.

Un fajo de planos de un almacén portuario, en japonés, con sellos de una compañía de transportes cuyo nombre no diré porque todavía existe y todavía tiene abogados.

Un sobre con siete cartas, todas escritas por la misma mano femenina, todas fechadas entre marzo y julio de 1945, todas remitidas desde Hiroshima.

Un reloj de bolsillo, plateado, parado a las ocho y quince.

Y un cuaderno.

El abuelo se llamaba Lin Yaowen. También se llamaba Hayashi Teruo. Su padre era un comerciante de

Shanghái; su madre, una mujer de la prefectura de Hiroshima que había ido al continente a los diecinueve años y no volvió nunca, salvo en la boca de su hijo, que hablaba japonés cuando estaba borracho y chino cuando estaba enfadado. Dos nombres en un solo hombre: eso, en aquel siglo y en aquella parte del mundo, no era una riqueza cultural. Era una posición táctica.

Los Lin hicieron dinero de la manera en que se hacía dinero en Shanghái entre 1938 y 1945, que es una manera sobre la cual la familia sostuvo durante ochenta años un silencio de calidad museística. Fletes. Suministros. Autorizaciones. Papeles que permitían mover cosas que otros no podían mover. Cuando yo era joven y todavía creía que la genealogía servía para algo, le pregunté una vez a Mei Ling qué hacía su padre durante la guerra. Me miró como si le hubiera preguntado el precio de su ropa interior.

—Logística —dijo.

Es una palabra hermosa. Cabe todo dentro.

Lo cierto —lo que reconstruí después, mal, tarde y a trozos— es que en 1943 Lin Yaowen envió a su mujer y a su hija pequeña a Hiroshima. A casa de la familia materna. Por seguridad. Shanghái era un lugar incierto; Hiroshima, en cambio, era una ciudad tranquila, ordenada, llena de cuarteles y de muelles, una ciudad que curiosamente los americanos casi no bombardeaban. Eso se comentaba mucho por allí en 1945, según leí luego: *a nosotros nos han olvidado*. Lo decían con alivio.

La mujer se llamaba Kiyo. La niña, Sachiko. Tenía seis años.

En la caja no había fotos de ellas. Eso lo descubrí más tarde, y de otra manera, y me costó caro.

El cuaderno era lo más extraño.

Ciento y pico de páginas escritas a mano, en tinta azul, con letra de contable, en tres idiomas alternados sin previo aviso. Lo empezó, por las fechas, en 1968, cuando ya era un hombre rico de sesenta años que vivía en el Pico con un mayordomo y una hija guapa, y lo continuó hasta poco antes de morir.

No eran memorias. Eran apuntes técnicos.

Había copiado —a mano, palabra por palabra, durante trece años— todo lo que pudo encontrar publicado sobre la construcción de la bomba de Hiroshima. Diagramas del arma de cañón. Un tubo de artillería reconvertido, de unos tres metros, dentro de una carcasa de acero que pesaba cuatro toneladas y media. Un proyectil de uranio-235 disparado con carga de cordita contra un blanco de uranio-235, de modo que dos masas subcríticas se convirtieran, en una milésima, en una sola masa crítica. Notas al margen sobre por qué ese diseño era tan tosco que ni siquiera lo probaron: el ensayo de julio en el desierto de Nuevo México fue de otra bomba, de plutonio, de implosión. La de Hiroshima se usó sin ensayo. Confiaban en la física. La física es de fiar.

Había copiado la ruta del material. El proyectil viajó desde San Francisco en un crucero, el *Indianapolis*, que llegó a Tinian el 26 de julio y que cuatro días después fue hundido por un submarino japonés con novecientos hombres en el agua, de los cuales sobrevivieron trescientos y pico, la mayoría de los muertos por tiburones y por sed. Los anillos del blanco llegaron por separado, en tres aviones de carga C-54, porque nadie quería poner todo el uranio del mundo en un solo cascarón.

Había copiado los nombres de los hombres que la armaron en vuelo. El capitán de navío que introdujo las bolsas de pólvora cuando el avión ya estaba sobre el mar, para que si se estrellaban en el despegue la isla

no desapareciera. El teniente que cambió tres tapones verdes por tres tapones rojos.

Y había copiado, subrayada dos veces, la única pregunta que aquellos hombres se hicieron durante meses en el desierto: *¿funcionará?*

Debajo, con otra tinta, más tarde, con la letra ya temblona, mi patrón había escrito en chino:

Funcionó.

Me senté en el suelo del estudio, con setenta y tres años recién cumplidos y las rodillas de un hombre que ha subido demasiadas escaleras ajenas, y estuve mucho rato con aquel cuaderno abierto.

Yo esperaba encontrar dolor. Uno espera, de un hombre que perdió a su mujer y a su hija a las ocho y quince de la mañana, un cuaderno con lamentos. Lo que había era un manual. Masas, altitudes, tolerancias, cadenas de suministro. El hombre había pasado la segunda mitad de su vida estudiando el objeto con la aplicación de un ingeniero que quiere entender por qué falló una máquina. Solo que la máquina no falló. Funcionó exactamente como estaba previsto, con una eficiencia del uno y pico por ciento del uranio, lo cual es un desperdicio espantoso y bastó igual.

Y entonces —esto lo pienso ahora, y a lo mejor lo pienso solo porque queda bien— comprendí de qué manera se parecían aquellas páginas a la familia que las guardaba.

Los Lin trataban el dinero como los de Los Álamos trataban el uranio: en piezas separadas, por rutas distintas, sin que nadie tuviera nunca el conjunto. Una sociedad en Panamá, un piso en Vancouver, un seguro en Zúrich, una cuenta en Macao a nombre de un primo tercero muerto en 1994. Nunca la masa crítica en un solo sitio. Y con los cuerpos igual: las enfermedades se repartían en clínicas de tres países para que ningún médico viera el total. Y con los secretos, sobre todo

con los secretos: a Maylin se le contó una parte, a Lian otra, a mí una tercera que no encajaba con ninguna de las dos, y a los niños nada, que es también una parte. Esa era la ingeniería doméstica de Mei Ling. No proteger una verdad. Mantenerla subcrítica.

De la generación siguiente conocí a todos desde el primer llanto, porque las mujeres de aquella casa parían en clínicas privadas y volvían en mi coche.

Tian nació en 1990, hijo de Maylin. Fue un niño de una inteligencia incómoda. A los cinco años desmontaba relojes; a los nueve preguntaba en la mesa cosas que hacían que tres adultos miraran el mantel a la vez. Tenía la cara de su madre y la temperatura de su bisabuelo: parecía frío, y en realidad era exacto, que es distinto y asusta más. La gente que dice la verdad sin subir la voz nunca cae bien.

Li nació en 1997, el año en que arriaron una bandera e izaron otra y todo el mundo dijo que no cambiaría nada. Hijo de Lian, sin padre inscrito. Fue un crío pequeño, delgado, con una tos que le duraba de noviembre a marzo, y con una capacidad para inventar mundos que la familia calificó de retraso hasta que un colegio caro la llamó imaginación. Yo le enseñé a andar en el pasillo del segundo piso. Le enseñé también a mentir sobre dónde estaba su madre, lo cual me sigue pesando.

De esos dos hablaré mucho. De momento basta con decir que Tian heredó el cuaderno sin haberlo leído y que Li heredó el reloj sin saber que existía.

El reloj.

Es plateado, sin marca visible, con la esfera amarillenta y las agujas detenidas en las ocho y quince. Mei Ling lo enseñaba dos o tres veces en la vida, en circunstancias muy medidas, a personas muy concretas, siempre con la misma frase:

—Era de mi padre. Se paró aquella mañana.

Y la persona en cuestión se quedaba callada, y ya nunca volvía a preguntarle nada a Mei Ling sobre nada. Es un objeto extraordinariamente eficaz.

Yo lo tuve en la mano aquella tarde de octubre y pensé, con una deslealtad que todavía me avergüenza: *es demasiado bonito*. Demasiado redondo. Los relojes que estaban en Hiroshima a las ocho y cuarto no se paran con elegancia; se funden, se retuercen, o siguen andando tan campantes porque la onda expansiva es caprichosa. Un reloj limpio y detenido en la hora exacta es un objeto literario, no un objeto físico.

Pero no dije nada. Llevaba cuarenta y dos años no diciendo nada; no iba a estrenarme con una muerta. Lo envolví en un pañuelo y me lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta, que es donde sigue, ocho años después, cuando ya no queda casa ni familia ni pañuelo bueno.

Aquella noche cerré con llave y bajé andando hasta Kennedy Road. Hong Kong estaba encendida abajo, esa ciudad que se mira a sí misma en el agua y se encuentra estupenda. Pensé en algo que había leído en el cuaderno y que el abuelo había copiado sin comentario, en inglés, de la declaración de un físico: *Reunimos los componentes por separado para que ninguno fuera peligroso por sí solo.*

Y entendí —o me convencí de que entendía, que a mi edad es la misma operación— que la familia Lin no *tenía* un secreto. Un secreto es algo que existe entero y se esconde. Lo de ellos era otra cosa: piezas inocentes traídas de lugares distintos, cada una defendible, cada una explicable, cada una insuficiente. Unos contratos de guerra. Una mujer y una niña enviadas a un sitio seguro. Un billete de tren. Un hombre que no estaba donde debía estar. Un dinero que empezó a crecer justo después. Ninguna de esas piezas mata a nadie.

Solo hacía falta que alguien, alguna vez, las juntara a la velocidad suficiente.
Yo tardé cuarenta y dos años en juntarlas. Y para entonces, naturalmente, ya había pasado todo.

Capítulo 2 — Desde nueve mil metros

En 1993 los Lin daban tres fiestas al año y yo conducía en las tres.
La de febrero era de negocios, con banqueros australianos que sudaban dentro del esmoquin. La de julio era de compromiso, con las tías de Kowloon y las viudas del club náutico. La de octubre era la de verdad: la de Maylin.
Maylin tenía veinticuatro años y ya había resuelto el problema central de su vida, que consistía en no estar nunca a la altura del suelo. Vivía en un ático de Mid-Levels con dos terrazas y ventanas que no se abrían. Cuando bajaba a la calle, bajaba dentro de mi coche, con los cristales tintados y el aire a veintiuno. He calculado alguna vez, por deformación de chófer, que entre 1990 y 1997 Maylin Lin pisó la acera de Hong Kong un promedio de once minutos al mes.
No lo digo como reproche. Lo digo porque quiero explicar bien lo que significa mirar desde arriba.
Desde arriba, una ciudad es un plano. Los coches son un flujo, la gente es una textura, y el ruido —que es lo que verdaderamente convierte una ciudad en un lugar donde vive gente— desaparece del todo. Yo entraba en aquel ático con las bolsas del mercado y siempre me pasaba lo mismo: al cerrarse la puerta del ascensor, se apagaba el mundo. Cuarenta y dos plantas de silencio con aire acondicionado. Maylin ponía música para tener algo que apagar.
Era hermosa de una manera administrada. Nada en ella era casual: ni el largo del pelo, ni la palabra que elegía,

ni el momento exacto en que decidía reírse. Hablaba cantonés con la familia, inglés con el dinero, mandarín con el futuro y japonés con nadie, aunque lo sabía. Ese japonés escondido era una de las piezas.

—Ah Gu —me dijo una noche, en el coche, volviendo de un sitio—, ¿tú crees que la gente que sufre se da cuenta de que sufre, o solo lo sabe después?

Tenía veinticinco años y acababa de aceptar casarse con Warren Cheung, heredero de una naviera y hombre de una simpatía perfectamente hueca, como un contenedor.

—Creo que se da cuenta en el momento, señorita —dije.

—Qué horror —dijo ella, y miró por la ventanilla el puerto entero pasando abajo.

Lian era tres años menor y estaba mal construida para aquella casa.

Donde Maylin calculaba, Lian se lanzaba. Donde Maylin sonreía, Lian preguntaba. Tenía una risa desproporcionada, muy poco de señorita, que en las cenas caía sobre la mesa como una copa rota. Mei Ling la llamaba *la ruidosa*. Delante de las visitas decía: *mi hija pequeña, la artística*, con una entonación en la que artística quería decir defectuosa.

En 1994, Lian se enamoró de Kenji Arakawa.

Era un fotógrafo de Osaka de veintinueve años que vivía en un cuarto sin ventana en Sham Shui Po y trabajaba de asistente para una revista de moda que quebró dos veces. Tenía las manos manchadas de químicos y unos zapatos que yo miraba mucho, porque los zapatos de un hombre me dicen todo lo que necesito saber sobre su relación con el dinero. Era, y esto lo pongo por escrito con el permiso que se toman los viejos, un buen hombre. Torpe, honesto, con la costumbre de mirar a la gente a los ojos hasta que la gente se incomodaba.

Los llevé a los dos, muchas veces, a sitios donde no debía llevarlos. Fue la única desobediencia sostenida de mi vida laboral y no me arrepiento, aunque salió mal, que es otra cosa.
Mei Ling se opuso desde el primer día con una violencia que en aquel momento me pareció simple esnobismo. Un fotógrafo sin dinero. Una familia sin apellido. Lo normal. Tardé veinte años en entender que había un segundo motivo, y que el segundo motivo era el primero.
—Japonés —dijo una vez, y solo una vez, en la cocina, cuando creía que yo estaba en el garaje—. En esta casa no.
Lo dijo en japonés.
De aquel invierno recuerdo una cena en un restaurante de Central donde se sentaron catorce personas y no se dijo una sola verdad.
Se habló del 97 y de si la gente se iría. Se habló de un fondo inmobiliario en Kuala Lumpur. Warren contó un chiste sobre un caballo. Maylin llevaba un vestido color hueso y miraba a su prometido con la benevolencia con que se mira un jarrón caro. Lian llegó tarde, con el pelo mojado, y se sentó al lado de su madre, y durante dos horas nadie mencionó que Kenji la había estado esperando en un café a doscientos metros porque no lo habían invitado.
Yo esperaba fuera, en el coche, escuchando la radio. Esa es mi posición en esta historia y quiero que se entienda bien: yo esperaba fuera. Durante décadas creí que eso me hacía inocente. Es la ilusión fundamental del que sirve, y es exactamente la misma ilusión que la altitud.
Aquí tengo que meter la otra historia, porque es donde encaja.
En el cuaderno del abuelo hay veinte páginas dedicadas a la tripulación. Las copió, supongo, de los

libros americanos que se publicaron en los sesenta. Están escritas con la misma letra de contable, sin adjetivos.

Doce hombres. Un B-29 al que el comandante le había puesto el nombre de su madre tres días antes, pintado a mano en el morro. Despegaron de Tinian a las dos cuarenta y cinco de la madrugada del 6 de agosto de 1945, con la pista iluminada por focos y con fotógrafos, como si fuera un estreno. El avión iba tan cargado que consumió casi toda la pista.

Volaron seis horas y media sobre el Pacífico. Uno de ellos armó la bomba en vuelo, arrodillado en la bahía, con las manos negras de grafito. Otro cambió los tapones verdes por los rojos. Dormitaron. Comieron sándwiches. El navegante escribió después que en la boca tenía un sabor a plomo, un cosquilleo en los empastes, y que atribuyó aquello a los nervios.

Subieron a nueve mil quinientos metros. A esa altura, en agosto, el suelo es una maqueta. El bombardero identificó un puente en forma de T sobre un delta de siete ríos, un puente que llevaba semanas mirando en fotografías, y a las ocho y quince y diecisiete segundos abrió las compuertas.

El avión pegó un salto hacia arriba, aliviado de cuatro toneladas y media. El comandante metió un viraje de escape de ciento cincuenta y cinco grados en picado, que es una maniobra que en un bombardero pesado se parece bastante a un accidente.

Cuarenta y tres segundos.

Después la luz. Con las gafas puestas no vieron nada; sin ellas, los que se las habían quitado dijeron que la cabina se llenó de un color que no era un color. El artillero de cola, que era el único que miraba hacia atrás, fue el único que lo vio nacer todo. Las dos ondas de choque llegaron después, una directa y otra rebotada del suelo, y golpearon el fuselaje con un ruido

de chapa que hizo pensar a varios que les estaban disparando.
Y luego dieron la vuelta y miraron.
Uno escribió en su cuaderno de a bordo, esa misma mañana, la frase que después ha dado la vuelta al mundo y que a mí siempre me ha parecido menos una confesión que un descubrimiento gramatical: *Dios mío, ¿qué hemos hecho?*
Hemos. Ahí está toda la cuestión. Nueve mil metros más abajo no había *hemos*. Había ochenta mil personas que ya eran otra cosa.
Volaron de vuelta seis horas. Almorzaron. Hubo medallas.
Cuento esto aquí porque durante muchos años, cuando pensaba en Maylin, pensaba en un avión.
No era crueldad. Insisto en esto porque es lo único interesante. Maylin no era cruel; era operativa. Tenía una capacidad extraordinaria para convertir a las personas en objetivos: puntos en un plano, con una función y un margen de error. A Lian la quería —la quería de verdad, lo vi mil veces— pero la gestionaba. A su madre la temía y la administraba. A su marido lo tenía en una carpeta.
Y a sí misma, sobre todo, se miraba desde arriba. Cuando le pasaban cosas, hablaba de ellas en tercera persona a los tres días. *A una amiga mía le ha pasado.* Nunca conocí a esa amiga. Era muy desgraciada.
En marzo de 1996 perdió un embarazo de cinco meses. Lo supe porque la llevé yo a la clínica de Happy Valley a las cuatro de la mañana y porque, a la vuelta, dos días después, me pidió que parara en un supermercado y estuvo veinte minutos dentro y salió con una caja de galletas que no comió. En la casa se dijo que había tenido una gripe fuerte. Warren estaba en Singapur. Mei Ling mandó flores desde el piso de abajo.

Nunca volvimos a mencionarlo, ni ella ni yo, en veintidós años.

Eso es lo que hace la altura: no elimina el dolor, lo pone en el suelo. Sigue estando. Pero desde arriba se puede señalar con el dedo y decir *ahí*.

El desenlace de aquel año fue en octubre, en la fiesta de Maylin, y ocurrió en un cuarto de baño.

Lian llevaba tres meses malos. Kenji había vuelto a Osaka en junio, no por dinero sino por dignidad, que es más caro. Mei Ling había hecho algunas llamadas; nunca supe a quién y prefiero seguir sin saberlo. Lian bebía de una forma que en 1996 todavía llamábamos *estar de bajón*.

Me fue a buscar a la cocina hacia la una de la madrugada, con la fiesta ya en esa fase en que la gente rica se descalza, y me pidió que subiera con ella. Cerró la puerta del baño de invitados. Se sentó en el borde de la bañera. Sacó del bolso una fotografía.

—Se la robé al abuelo —dijo—. Cuando tenía nueve años. Estaba dentro de un libro.

Era una foto pequeña, de estudio, con el borde dentado. Una mujer joven, sentada, con kimono oscuro y las manos cruzadas. De pie a su lado, una niña de unos cuatro años con un flequillo cortado a tijera y una expresión de aburrimiento absoluto.

—Dime quiénes son —dijo Lian.

Le di la vuelta a la foto. Había un sello de un fotógrafo de Hiroshima, una fecha —Shōwa 18, es decir 1943— y, debajo, escrito con tinta azul y letra de contable, en caracteres que yo entendía perfectamente:

8:15

Nada más. Ni un nombre. Ni una palabra.

Estuve mucho rato con aquella cartulina entre los dedos. Abajo, alguien había puesto un disco y se oía

reír a Maylin, esa risa suya de tres tiempos que era también un cálculo.
Hasta esa noche, la guerra de los Lin había sido para mí un asunto aéreo. Yo sabía, de un modo vago, que el viejo había estado *relacionado* con aquello. Contratos, permisos, el mundo turbio y rentable de los que suministran. Los imaginaba a todos en algún despacho de Shanghái, mirando mapas. Arriba. Siempre arriba.
Y resultaba que había habido alguien abajo.
Abajo del todo. A las ocho y quince de la mañana, en la calle, con un kimono oscuro y una niña con flequillo, en el punto exacto del plano donde el bombardero había puesto la cruz de su visor.
—No sé quiénes son, señorita —le dije a Lian.
Fue la mentira más grande de mi vida y la dije en un cuarto de baño, con una fiesta debajo, porque tenía cuarenta y dos años y un empleo y ninguna idea de lo que se hace con una verdad de ese tamaño.
Lian me miró. Y me dijo una cosa que todavía me despierta a veces:
—Ya. Todo el mundo dice eso.
Guardó la foto y bajó a la fiesta y se rio muy alto durante otra hora.

Capítulo 3 — El destello

A los niños de aquella casa los crié yo tres días a la semana, y no lo digo con orgullo, sino con la incomodidad del que ocupa un puesto vacante.
Maylin quería a Tian de la manera en que se quiere una inversión de largo plazo: con seriedad, con seguimiento trimestral y sin tocarlo demasiado. Lian quería a Li de una manera fervorosa, intermitente y catastrófica. Entre esos dos climas, el pasillo del segundo piso de Barker Road era una zona templada, y yo era su clima.

Li tenía seis años en 2003, el año de la epidemia. Se cerraron los colegios, la gente dejó de tocarse, y durante cuatro meses la ciudad más apretada del mundo se quedó vacía. Fue el mejor año de la infancia de Li y no me da vergüenza decirlo: tenía la casa entera, tenía a Tian —trece años, encerrado y aburrido, que es la mejor versión de un adolescente—, y me tenía a mí, que no tenía adónde ir.

Inventaron un país. Se llamaba, por motivos que nunca me explicaron, **Rinjiro**. Tenía bandera, moneda, dos ríos y una ley fundamental que Tian redactó en un cuaderno escolar y que decía, en su artículo primero: *Aquí no se puede mentir a los niños.*

Yo era, en Rinjiro, ministro de transportes. Cargo que ejercí con dedicación.

Cuento esto porque hay que entender lo que se rompió después.

El señor Ozaki venía una vez al año, en primavera. Era un japonés diminuto y muy educado que llegaba de Fukuyama con una caja de dulces y se sentaba tres horas en el salón de abajo. Mei Ling lo recibía sola, con la puerta cerrada. Después yo lo llevaba al aeropuerto y él me daba las gracias catorce veces por el trayecto. Le pasaban una pensión. Lo sé porque la tramitaba yo, a través de una gestoría de Wan Chai, todos los meses de enero desde 1982 hasta 2012. Nunca supe con qué concepto. En los papeles ponía *consultoría*. El señor Ozaki tenía ochenta años y consultaba tanto como yo.

En abril de 2005, por primera y única vez, se quedó a comer. Mei Ling estaba en Vancouver por un asunto de un piso. Li tenía ocho años. Y como no había nadie para impedirlo, el señor Ozaki y el niño se sentaron en el banco del jardín, bajo el árbol de la lluvia, y estuvieron hablando hora y media.

Hablaban en inglés. Un inglés terrible por ambas partes, el del viejo aprendido en una fábrica y el del niño aprendido en un colegio caro, que resultaron ser dialectos compatibles.
Yo estaba a diez metros, fingiendo que podaba.
Lo que le contó, y lo que Li me repitió aquella noche con la boca llena de arroz, y lo que dieciocho años después volví a escuchar en una grabación, es esto.
Que él tenía ocho años. La misma edad que Li tenía en ese banco, cosa que el viejo señaló al principio y que fue, creo, la razón de todo lo que vino después.
Que aquella mañana no había ido a la escuela porque le tocaba turno de acarrear cubos en el barrio, y que estaba en la calle, en Koi, en la parte oeste, a unos dos kilómetros y medio del centro, y que hacía un calor de los que se pegan a la nuca.
Que oyó un avión. Uno solo, muy alto. Que eso era raro pero no daba miedo, porque los aviones solos venían casi todos los días a mirar y luego se iban, y las sirenas se habían apagado hacía una hora.
Que un hombre mayor, en la acera de enfrente, señaló hacia arriba y dijo *mirad*. Y que del avión se soltó algo.
Que tardó en caer. Que él pensó —y esto lo decía con mucho cuidado, buscando las palabras— que eran paracaídas de propaganda, papeles, porque a veces tiraban papeles.
Y después dijo la frase que el niño me repitió esa noche exactamente igual, y que yo llevo veintiún años sin poder quitarme de encima:
—Se puso amarillo. Todo. Como si me hubieran obligado a mirar el sol de cerca.
Que no hubo dolor. Que primero fue el amarillo, y después el amarillo se acabó y vino la oscuridad, y que él creyó que se había quedado ciego pero era el polvo: la ciudad entera levantada en el aire y cayendo despacio, y el sol de las ocho y cuarto tapado. Que

estuvo un rato largo sin saber si era de día. Que oyó a alguien llamar a un niño por su nombre, muy cerca, y que ese nombre no era el suyo.
Que cuando volvió la luz, la casa de enfrente no estaba, y la de al lado tampoco, y la suya sí pero sin techo. Que su madre salió del hueco tapándose la cabeza con una tabla.
Y que dos días después, cuando lo llevaron por el centro para buscar a un tío, vio en los escalones de piedra de un banco una mancha oscura con forma de persona sentada. Y que un adulto le dijo que no mirara.
Li, en la cena, con ocho años, dejó los palillos y me preguntó:
—Ah Gu, ¿la sombra era el señor?
—No —dije—. La sombra era donde no llegó la luz.
Se quedó pensando y contestó, con esa lógica de los niños que es la única lógica intacta:
—Entonces sí era el señor.
Mei Ling volvió de Vancouver el jueves y para el viernes ya lo sabía. No sé quién se lo dijo; en aquella casa las paredes tenían nómina.
Llamó a Li al estudio y lo tuvo dentro once minutos. Cuando salió, el niño no lloraba. Eso fue lo que me asustó.
Esa noche subí a acostarlo y le pregunté qué le había dicho su abuela.
—Que el señor Ozaki está viejo y se confunde —dijo—. Que no pasó aquí. Que pasó hace mucho y en otro país. Y que nosotros sobrevivimos gracias al trabajo del bisabuelo, y que hablar de eso es de gente que no tiene nada mejor que hacer.
Y luego, con la voz distinta:
—Pero yo no le he dicho que era aquí.
Ahí está. Con ocho años. El niño había detectado la única grieta del discurso, que es que la defensa mencionaba una acusación que nadie había formulado.

Le dije que su abuela estaba cansada. Le apagué la luz. Bajé las escaleras.
Nosotros sobrevivimos gracias a. Esa frase la oí durante cuarenta años, siempre incompleta, siempre con el complemento cambiado según el interlocutor. Gracias al trabajo. Gracias a la suerte. Gracias a que tu bisabuelo tuvo la cabeza fría. Gracias a Dios, en las bodas. Nunca gracias a *que no estaba allí*.
Tian tenía quince años entonces, y ya estaba haciendo lo que hacen los adolescentes brillantes con una familia opaca: catalogar.
Un día de 2007 me enseñó una hoja de papel doblada en cuatro que llevaba en la cartera. Era una lista. La había titulado, en inglés, *Cosas que no cuadran*.
Tenía diecinueve puntos. Recuerdo algunos.
Que el bisabuelo tenía una libreta de una mutua japonesa que Mei Ling guardaba en la caja fuerte y de la que se cobraba algo todos los años.
Que había un japonés que venía y al que se le pagaba.
Que en las cinco fotos familiares anteriores a 1950 no aparecía ninguna mujer que no fuera la bisabuela Ruo-lan, y que Ruo-lan se había casado en 1946, y que a un hombre de treinta y ocho años en 1946 tenía que haberle pasado algo antes.
Que el apellido de la familia se escribía de una manera en Hong Kong y de otra en unos documentos viejos del armario.
Que en la casa había siete diccionarios de japonés y nadie hablaba japonés.
—¿Tú qué crees, Ah Gu? —me preguntó.
Y yo, ministro de transportes de un país cuyo artículo primero prohibía mentir a los niños, le dije:
—Creo que las familias viejas tienen papeles viejos.
Tian me miró exactamente igual que me había mirado Lian en aquel cuarto de baño. Es una mirada que no se

olvida: la de alguien joven que acaba de comprobar que los adultos están de acuerdo entre ellos.
Los años siguientes fueron una erosión lenta y sin acontecimientos, que es la peor.
Lian se fue y volvió cuatro veces. Osaka, Taipéi, un retiro en Chiang Mai que costó una fortuna, un piso en Sai Ying Pun donde vivió sola siete meses. Cada vez volvía más delgada y más cariñosa. El cariño de Lian en aquella época era insoportable, porque venía con retraso y con intereses.
Li se refugió en Rinjiro y lo amplió: ferrocarriles, un idioma, una historia nacional de doscientos años. A los trece seguía dibujando mapas. Se los escondía a su madre, no por vergüenza, sino porque un día ella los había visto y se había echado a llorar y le había dicho *tú también, tú también te vas a inventar un sitio donde no estoy*.
Maylin se divorció en 2010, con eficiencia, y no cambió absolutamente nada de su vida.
Y Mei Ling se puso a limpiar.
El destello fue en agosto de 2012 y duró un fin de semana.
El martes murió el señor Ozaki en Fukuyama. Lo comunicó una nuera por carta. Mei Ling leyó la carta en el desayuno, la dobló y dijo:
—Bueno.
El sábado por la mañana mandó sacar al jardín el bidón de gasolina vacío que usábamos para las hojas. Y estuvo desde las nueve hasta las dos quemando papeles.
Bajaba con cajas. Yo se las llevaba, porque me lo mandó, y porque llevaba treinta y seis años llevándole cosas. Cartas. Carpetas con sellos. Fotografías —vi arder, lo juro, al menos dos fotografías de gente que yo no había visto nunca—. Un cuaderno escolar japonés con las tapas negras. Los planos del almacén portuario

no, esos se salvaron por azar porque estaban en el armario cerrado y ella no tenía la llave, que la tenía yo, y no se la di, y no me la pidió, y en ese hueco cabe todo este libro.

Li tenía quince años. Bajó a media mañana en pantalón corto, vio lo que pasaba y metió las dos manos en el bidón.

Sacó tres hojas y una foto. Se quemó la palma derecha y dos dedos de la izquierda. Todavía tiene la marca; se la vi en 2023, cuando ya era un hombre de veintiséis años en un aeropuerto.

Mei Ling no gritó. Le apartó la mano con el dorso de la suya, cogió lo que había sacado y lo volvió a echar dentro. Después mandó que lo llevaran a urgencias. Yo lo llevé. En el coche, con la mano envuelta en un trapo de cocina y la cara blanca, el crío no dijo ni una palabra hasta Queen's Road. Y entonces dijo:

—Era la señora del kimono.

Y volvió a callarse.

Esa misma noche, a las once y veinte, Lian se tomó lo que se tomó en el piso de Sai Ying Pun. La encontró la vecina el domingo a mediodía porque la radio llevaba treinta horas puesta. Sobrevivió. Estuvo nueve días en el Queen Mary y salió andando, y aquello se contó en la familia como una reacción a un medicamento nuevo.

Después de ese fin de semana la casa se oscureció. No es una metáfora del todo: Mei Ling mandó poner cortinas más gruesas en el salón, alegando el sol de la tarde, y ya no se volvieron a abrir del todo hasta que la vaciamos.

Y yo —esta es la parte que me corresponde y que no puedo delegar— yo estuve allí el sábado, con la llave del armario en el bolsillo, viendo arder el pasado de una familia durante cinco horas, alcanzando cajas, y en ningún momento dije nada.

El señor Ozaki contó que después del amarillo vino la oscuridad y que él creyó que estaba ciego.
Yo no lo creí. Yo lo estuve.

Capítulo 4 — El cuerpo como campo de batalla

A Tian le diagnosticaron una leucemia mieloide aguda en noviembre de 2016. Tenía veintiséis años, trabajaba ochenta horas semanales en un fondo de Central, y llevaba tres meses con unos moratones en las espinillas que atribuía al gimnasio.
Lo primero que dijo la familia, antes que *cuánto* y antes que *dónde*, fue una palabra en voz baja, en el pasillo de la clínica de Happy Valley, dicha por una tía segunda que nadie había invitado:
—La radiación.
Y ahí empezó todo otra vez.
El hematólogo era un hombre de cincuenta y pico años, cansado y honesto, que nos explicó tres veces la misma cosa con una paciencia de misionero. Que no. Que se han seguido a los hijos de los supervivientes de Hiroshima y Nagasaki durante setenta años, decenas de miles de personas, en el estudio más largo que se ha hecho nunca sobre nada, y que no se ha encontrado un aumento significativo de enfermedad hereditaria. Que los que enfermaron fueron los que estuvieron debajo, no sus nietos. Que la leucemia de Tian era una enfermedad de las que ocurren, sin motivo, a gente joven, y que buscarle una historia era comprensible y era inútil.
Mei Ling lo escuchó con las manos en el bolso y luego dijo, en cantonés, mirándome a mí y no al médico:
—Los médicos siempre dicen que no.
Aquella mujer tenía setenta años, un cáncer propio que aún no había confesado, y una necesidad absoluta de

que la desgracia de su nieto tuviera una causa antigua. Porque una causa antigua es una causa cerrada. Y porque —esto lo pienso desde entonces y no consigo quitármelo— si la enfermedad venía de 1945, entonces no venía de ella.

Hay familias que prefieren una maldición a una casualidad. La maldición al menos tiene autor.

Tian se puso a leer.

Fue lo más suyo que hizo en toda su enfermedad. En cuanto entendió que iba a pasar cinco meses en una habitación, montó un sistema: pidió libros, pidió papeles, pidió que le sacara del armario el cuaderno del bisabuelo, que yo llevaba cuatro años guardando en mi cuarto sin decírselo a nadie.

Se lo llevé el 3 de enero de 2017. Fue mi segunda desobediencia y llegó con veinte años de retraso.

Lo leyó en cuatro días. Después me lo devolvió y me dijo:

—Está incompleto.

—¿Cómo?

—Copió el arma entera. La física, el transporte, el montaje, la tripulación, el avión. —Tenía el brazo con la vía y hablaba muy despacio, porque en aquella fase hablar cansaba—. No copió ni una línea de lo que pasó abajo. Ni una. Ochenta mil muertos y no hay una página.

Se quedó callado y luego añadió lo que solo se puede decir con veintiséis años y una bolsa de plaquetas colgando:

—Un hombre que perdió a su mujer y a su hija se habría aprendido de memoria lo de abajo. Este se aprendió de memoria la máquina. Eso no es duelo, Ah Gu. Eso es un informe.

Así que lo de abajo lo leyó él.

Fue pidiendo libros y yo se los iba comprando en una librería de Causeway Bay, y en marzo la habitación

1104 parecía el despacho de un investigador. Testimonios traducidos. Diarios. Cuadernos de la fundación de la paz.
Yo leía por las noches, en el coche, esperando.
Leí a un hombre que estaba a medio kilómetro del hipocentro, en un puente, y que contó que lo primero que notó fue que le costaba entender lo que veía: que la ropa se le había ido, que le colgaba algo de los brazos y que tardó un rato en comprender que era su propia piel, desprendida desde el hombro hasta las uñas, colgando como guantes largos. Que no le dolía. Que eso era lo más raro: que sangraba y se le caía a tiras y no le dolía, y que echó a andar. Que a los quemados se les distinguía por la manera de llevar los brazos: separados del cuerpo, con las manos por delante, porque cualquier roce era imposible. Como sonámbulos, escribió alguien. Filas de sonámbulos hacia los ríos.
Leí a una enfermera de veinte años del hospital de la Cruz Roja que aquella mañana estaba en el segundo piso y que al día siguiente ya no contaba pacientes, contaba pasillos. Que ponían a los quemados en el suelo porque no había camas, y en el jardín porque no había suelo. Que se acabó el yodo y usaron aceite de cocina. Que la gente pedía agua, solo agua, y que corrió la orden de no darla porque se decía que los quemados morían al beber, y que ella obedeció durante un día entero y luego dejó de obedecer, y que estuvo sesenta años sin saber cuál de las dos decisiones había sido la buena.
Y leí lo de la lluvia.
Que a los veinte o treinta minutos, sobre la parte noroeste de la ciudad, empezó a caer una lluvia de gotas enormes, gruesas, pegajosas, de un color negro grisáceo. Que dejaba manchas en la piel y en las camisas que no salían con agua. Que la gente, que

llevaba media hora con la garganta abrasada, abrió la boca hacia el cielo. Que se bebieron el hollín de su propia ciudad. Que muchos, semanas después, empezaron con la fiebre, las encías sangrantes, las manchas moradas, el pelo que se quedaba en la mano al pasársela por la cabeza, y que a eso se le llamó durante meses *la enfermedad de la bomba*, porque no había otra palabra.

En marzo de 2017, a Tian se le cayó el pelo en cuatro días.

Se lo dijo a su madre por teléfono con una ironía que fue lo más parecido a la crueldad que le vi nunca:

—Ya está. Ya soy de la familia.

Maylin bajó del avión.

Esa es la frase exacta y la escribo así a propósito. Maylin llevaba veinte años a nueve mil metros y en marzo de 2017 bajó.

Yo la vi hacerlo en tiempo real y fue una de las cosas más difíciles que he presenciado, más que los funerales. Los primeros días llegaba a la clínica maquillada, con la agenda, con las preguntas correctas para el médico, con esa competencia suya que convertía cualquier catástrofe en un proyecto. Preguntaba por porcentajes. Pedía segundas opiniones en Houston y en Singapur. Trajo a un nutricionista.

Y luego, un martes de abril, entró en la habitación y su hijo estaba vomitando en una batea de cartón, y ella se quedó en la puerta con el bolso en la mano y no pudo hacer absolutamente nada.

No hay altitud posible dentro de una habitación de doce metros cuadrados. Ese es el descubrimiento del cuerpo: que anula la distancia. Se puede administrar un divorcio, un aborto, una familia entera. No se puede administrar un olor.

Porque olía. Aquella habitación de la mejor clínica privada de la isla, con el sofá de dos plazas y las flores

frescas dos veces por semana y la vista del hipódromo, olía a lo que huelen esas habitaciones, que es una mezcla de desinfectante, de fruta que nadie come y de un fondo dulzón que sale de la persona. Maylin llegó a llevar perfume. Se lo ponía en el ascensor. Cuarenta minutos después el perfume había perdido y estaba ella allí, sentada, respirando aquello, que era su hijo.
Un día de mayo, muy tarde, la encontré en el pasillo con los zapatos en la mano.
—Ah Gu —me dijo—, yo creía que si no me acercaba, no me pasaba.
Es la definición más limpia de una vida entera que he oído nunca.
Lian, en cambio, se acercó demasiado, como siempre. Se instaló en la habitación. Dormía en el sofá. Fue ella la que aprendió a manejar la bomba de morfina, la que se peleó con las enfermeras, la que le cortaba las uñas. Estuvo cuatro meses limpia, sostenida por el único andamio que le funcionaba, que era ser necesaria. Yo la vi entonces como no la había visto desde 1994: hermosa, ruidosa, insoportable, viva.
Y fue Lian la que insistió en el asunto del donante. Tian no tenía hermanos. Se tipificó a la familia entera: madre, tía, abuela, primos de Vancouver, Li. Es un análisis de sangre, tarda diez minutos, y produce, entre otras cosas, un mapa de parentescos.
El informe llegó en junio. Lo abrió Lian, en el pasillo, porque el sobre iba a nombre de la familia y ella era la que estaba allí.
Nunca supe exactamente qué decía. Sé que Lian entró en la habitación de su hermana en el ático aquella noche —yo esperaba abajo, en el coche, como llevaba haciendo cuarenta años— y que estuvieron dos horas. Sé que al bajar Lian traía la cara de quien acaba de ganar una discusión que no quería ganar. Sé que a partir de aquel día Maylin dejó de decir el nombre de

Warren Cheung y que Warren Cheung, que había ido dos veces a la clínica, no volvió.
Y sé que en 2019, en un restaurante de Sheung Wan, medio borracha, Lian me dijo:
—¿Tú sabías lo de Tian?
Y yo le dije que no. Y esta vez era verdad, aunque a esas alturas ya no servía de nada, porque yo había construido cuarenta años de crédito diciendo que no. Que Tian no fuera hijo de quien constaba no cambió su enfermedad ni un día. Cambió otra cosa: confirmó que en aquella familia la línea de sangre era, como el reloj, un objeto colocado.
La confrontación fue en julio y duró seis minutos.
Mei Ling iba a la clínica los miércoles, de cinco a seis, con una puntualidad de tren suizo. Llevaba sopa que no se tomaba nadie. Hablaba del tiempo, de un piso, de una prima.
Aquel miércoles Tian estaba en una de sus semanas lúcidas y furiosas. Yo estaba en el rincón, junto a la ventana, con el termo, invisible como siempre.
—Abuela —dijo—, ¿quiénes eran la señora y la niña de la foto?
Mei Ling siguió alisando la manta.
—No sé de qué foto hablas.
—La que quemaste en 2012. Li la sacó del bidón.
—Li era un niño y se hizo daño en las manos por tonto.
—¿Se llamaba Kiyo?
Y entonces vi a Mei Ling Lin, setenta y un años, matriarca, guardiana, ingeniera del silencio, hacer una cosa que no le había visto hacer nunca: quedarse quieta del todo. No una pausa. Una detención.
—¿Dónde has oído ese nombre?
—En la libreta de la mutua japonesa. Beneficiaria: Hayashi Kiyo. Fallecida el 6 de agosto de 1945. —Tian tenía la voz de un hombre leyendo un balance—. Y una segunda, Hayashi Sachiko, seis años. Están las dos. Y

hay una tercera entrada, abuela. El titular. Categoría de superviviente: *entrada posterior*.
Silencio.
—Estuvo fuera —dijo Tian—. ¿Verdad? El 6 de agosto por la mañana él no estaba en Hiroshima. Entró después. Por eso la categoría es distinta. Las mandó allí porque era seguro, y él no estaba, y entró el 7 o el 8 a buscarlas, y anduvo tres días por las cenizas y le cayó encima la lluvia, y volvió con un certificado que dice *superviviente*.
Mei Ling se levantó. Cogió el bolso.
—Tu bisabuelo nos dio todo lo que tienes.
—No te he preguntado eso.
—Pues es lo único que hay que saber.
Y se fue. Con la sopa.
Tian se quedó mirando la puerta. Después se rio un poco, con lo que le quedaba de pulmón, y me dijo:
—Ah Gu, ¿tú te das cuenta? Nos han criado como si fuéramos supervivientes. Y somos los otros. Somos los que estaban de viaje.
Murió catorce meses después, en septiembre de 2018, tres semanas antes que su abuela. Recaída a los cinco meses del trasplante. Tenía veintiocho años.
Pero antes de todo eso, en agosto de 2017, ocurrió la escena que cierra este capítulo.
A Mei Ling le dio un episodio —así lo llamó el médico— una tarde de tifón, con la señal ocho izada y toda la isla cerrada. Se quedó tres horas confusa. Yo estaba solo con ella en la casa, porque la asistenta no había podido subir.
Estaba sentada en su sillón, mirando el ventanal, con el agua bajando en láminas por el cristal. El jardín no se veía. Todo era gris y ruido.
Y empezó a hablar en japonés.

Un japonés viejo, de los años cuarenta, con partículas que yo casi no reconocía y que me obligaron a acercarme.
Dijo que estaba cayendo. Dijo que era gruesa y que dejaba manchas en la yukata y que no salían. Dijo que había abierto la boca porque tenía mucha sed y que sabía a metal y a ceniza. Dijo un nombre dos veces: *Sachiko-chan*. Dijo que le dolían los pies porque las sandalias se habían roto. Dijo que no encontraba el puente.
Le puse una manta y le sostuve la mano y le dije que sí, que ya paraba.
Mei Ling Lin nació en Shanghái en abril de 1947, veinte meses después. No estuvo allí. No pudo estarlo. No vio nunca esa lluvia.
Pero la había recibido igual, en el salón de una casa del Pico, con el aire acondicionado puesto, de boca de un padre que no hablaba de eso salvo cuando bebía, y se la había guardado dentro durante setenta años, y aquella tarde de tifón le salió por donde salen las cosas: por el idioma equivocado y en el cuerpo equivocado.
Cuando volvió en sí, hacia las ocho, me miró y dijo, en cantonés, perfectamente compuesta:
—¿He dicho algo?
Y yo, ministro de transportes de un país donde no se miente a los niños, le dije:
—No, señora. Ha dormido.
La radiación no se hereda, me dijo el hematólogo, y tenía razón. Lo que se hereda es todo lo demás.

Capítulo 5 — Entre las ruinas

Mei Ling murió el 4 de octubre de 2018, a las once y cuarenta de la noche, sola, en una habitación de la misma clínica donde su nieto había muerto veintitrés

días antes. Yo había bajado a por un café. Siempre se muere uno cuando el otro ha bajado a por un café; hay una intención en eso que nunca he sabido interpretar. El funeral fue en un tanatorio de North Point y vinieron ciento cuarenta personas, de las cuales conocían a la muerta unas nueve. Se dijeron cosas buenas. Se dijo una gran dama. Se dijo una mujer de otra época, que es lo que se dice de la gente cuyas opiniones no se pueden repetir en voz alta.

Nadie mencionó Hiroshima. Nadie mencionó Shanghái. En la esquela ponía que la familia Lin había desarrollado su actividad en el sector naviero y de importación desde 1946, y eso es verdad, y por eso funciona tan bien: las mejores mentiras son fechas de inicio.

Ocho años después, el inventario es el siguiente. Maylin vive en Londres, en un piso de Marylebone que compró en 2019 y que no ha amueblado del todo. Tiene cincuenta y siete años y una salud excelente, cosa que le molesta. Dejó de contestar al teléfono en 2021 y desde entonces se comunica por mensajes largos, escritos de madrugada, siempre sobre asuntos administrativos —una escritura, un impuesto— con una posdata que no viene a cuento. La última decía: ¿Te acuerdas de si Tian de pequeño era zurdo? No consigo acordarme y no hay a quién preguntar. Le contesté que no era zurdo. Estuvo tres semanas sin escribir. Yo llamo a eso exilio interior y ella lo llama estar tranquila por fin.

Lian vive en Osaka. Volvió con Kenji Arakawa en 2019, veintitrés años después, cuando él ya tenía cincuenta y cuatro años y un negocio pequeño de revelado analógico que sobrevive porque a los jóvenes les ha dado por eso. No se han casado. Ella tuvo dos recaídas, una en 2020 y otra en 2022, y ahora lleva cuatro años bien. Trabaja en la tienda por las tardes. Me manda una postal por Año Nuevo con una foto que

ha hecho ella, siempre mal encuadrada. La última era un canal con una bicicleta caída dentro. Detrás había escrito: Ah Gu, aquí nadie sabe quién soy y es lo mejor que me ha pasado. Es la única de los cinco que consiguió algo parecido a la paz, y lo consiguió renunciando al apellido, que es un precio que en aquella casa habrían considerado ridículo y que a mí me parece el único razonable.

Li tiene veintinueve años. Vive en Berlín. Estudia algo que cambia de nombre cada semestre y que tiene que ver con archivos, con memoria, con lo que se guarda y lo que se tira. Me escribe poco y bien. En 2023 nos vimos en el aeropuerto de Fráncfort, en una escala mía absurda que organicé solo para eso. Me enseñó la palma de la mano derecha. La cicatriz del bidón es una mancha rosa irregular, como un mapa pequeño. Me dijo que a veces la gente le pregunta y él contesta que se quemó con una sartén. Y se rió. Luego me preguntó si todavía tenía el reloj.

Se lo enseñé, envuelto en el mismo pañuelo, ya gris.

—¿Funciona? —dijo.

—Nunca lo he intentado.

—No lo intentes.

Nos abrazamos de esa manera torpe de los que se quieren y no se tocan mucho. Antes de que se fuera me dijo:

—Ah Gu, yo ya no invento países. Ahora intento entender el que hay.

Tian está enterrado en un cementerio de Happy Valley, en una parcela que Mei Ling compró con anticipación, como compraba todo. La lápida pone su nombre completo, las fechas y nada más. Maylin quiso añadir una frase y no se puso de acuerdo consigo misma a tiempo. Yo voy dos veces al año, cuando estoy en Hong Kong. Llevo flores baratas y me quedo de pie

porque no hay banco y porque de pie es como aprendí a estar en esa familia.
De la casa de Barker Road no queda casi nada que se pueda llamar casa. Se vendió en 2019 a un fondo que la derribó y levantó tres pisos de lujo con piscina infinita y nombres en inglés. Pasé una sola vez por delante, en taxi. El portero nuevo no me conoció, lógicamente. En el lugar del árbol de la lluvia hay ahora un muro de hormigón blanco. Eso también es una forma de lluvia negra: lo que cae después y lo tapa todo con otra capa.
Yo vivo en un piso pequeño de Tai Kok Tsui, alquilado, con vista a un edificio igual al mío. Tengo setenta y dos años cumplidos en 2026, una pensión decente que salió de los años de servicio y de un sobre que Mei Ling dejó a mi nombre con una cantidad que todavía me parece excesiva y que acepté porque rechazarla habría sido otra forma de protagonismo. Cocino poco. Camino despacio. A veces me desvelo y saco el cuaderno del abuelo y lo abro por cualquier página, solo para oír de nuevo aquella letra de contable explicando cómo se junta lo que no debe juntarse.
El reloj sigue en el bolsillo interior de la chaqueta. No lo llevo todos los días. Solo cuando salgo a algo que me parece que merece testigo. Se ha vuelto más pesado con los años, o yo más consciente del peso. Las agujas siguen en las ocho y quince. No las he tocado. Un reloj parado es una decisión; uno que uno repara se convierte en otra cosa.
En la primavera de 2024 recibí un paquete desde Osaka.
Dentro había una carta de Lian y un sobre más pequeño, cerrado con celo, que decía solo: Para Ah Gu. Que decida.
La carta de Lian era breve.
Ah Gu:

Kenji encontró esto entre los papeles de un coleccionista que murió y cuya viuda trajo a revelar unos carretes. No sé cómo llegó ahí. El hombre coleccionaba “objetos de guerra del Pacífico”. Hay cosas que no deberían coleccionarse. La foto es la misma. O casi. Al dorso hay más escritura. Yo no puedo con ella. Tú tampoco tienes por qué. Pero eres el único que estuvo en todas las habitaciones. Haz lo que quieras. Quémala si hace falta. O guárdala. O dásela a Li cuando creas que ya no le va a romper nada que no esté roto. Yo por fin duermo. No me lo estropees contándome el final.
Te quiere,
Lian
Desdoblé la fotografía.
Era la misma mujer de kimono oscuro y la misma niña de flequillo. Mismo sello de Hiroshima. Misma fecha de Shōwa 18. Pero al dorso, debajo del 8:15 escrito por el abuelo, había tres líneas más, con otra tinta, más antigua, temblorosa, en japonés:
Kiyo y Sachiko.
Las dejé porque dije que era más seguro.
Volví el día 8. No las encontré.
Perdón.
No había firma. No hacía falta. La letra no era la del contable de 1968. Era la de un hombre que todavía no había aprendido a copiar bombas y que todavía creía que las palabras servían para algo.
Me senté en la única silla de mi cocina y estuve mirando esas cuatro líneas hasta que se me enfrió el té. Ahí estaba la pieza que faltaba. No la traición grandiosa que Tian había sospechado del todo, ni la inocencia absoluta que Mei Ling necesitaba defender. Solo un cálculo equivocado de 1945, repetido después en cada generación con distintas excusas: los mandé lejos por

su bien. Me quedé lejos por su bien. No conté por su bien. Quemé por su bien. Mentí por su bien.
El bien de quién, nunca se aclaraba.
Reunimos los componentes por separado para que ninguno fuera peligroso por sí solo.
El abuelo había copiado la frase del físico como si fuera una instrucción técnica. Resultó ser el lema de la familia. Y el mío.
Porque yo también había guardado las piezas en bolsillos distintos. La foto del baño. El nombre de Kiyo. La llave del armario. La confesión del tifón. El informe de parentesco que nunca leí pero que entendí. El reloj. Cada una defendible. Cada una insuficiente. Juntas, a la velocidad de una vida, producían exactamente esto: un hombre viejo solo en una cocina, con una foto que no es suya y una culpa que tampoco es del todo suya y que sin embargo le pesa como si lo fuera.
No quemé la foto.
Tampoco se la mandé a Li de inmediato.
La puse dentro del cuaderno, en la página donde el abuelo había escrito Funcionó. Y dejé el cuaderno en la mesita, debajo del reloj. Durante meses conviví con ellos como se convive con un ruido de tubería: sabiendo que está, eligiendo no abrir la pared todavía.
En enero de 2026 Li vino a Hong Kong por primera vez en años. Dijo que era por un congreso de archivos. Yo sé que los congresos son excusas que se ponen las personas cuando quieren volver a un sitio sin declarar la guerra.
Lo recogí en el aeropuerto. Había engordado un poco, de esa manera sana de quien ya no tose de noviembre a marzo. Hablábamos en cantonés y a veces en inglés, como siempre. Evitamos Barker Road. Evitamos el nombre de Mei Ling durante la primera hora. Cenamos en un sitio de noodle de Mong Kok donde el ruido hace de tercero en la conversación.

Al postre, sin preámbulo, me dijo:
—Quiero ver lo que quedó.
Lo llevé a mi piso. No hay mucho que ver: una cama, una mesa, dos sillas, una ventana que da a otras ventanas. Sobre la mesa, el cuaderno y el reloj y, dentro del cuaderno, la foto.
Se los dejé delante. Me fui a hervir agua, que es lo que hago cuando no sé qué otra cosa hacer con las manos. Cuando volví, Li tenía la foto en los dedos y la cara quieta. No lloraba. Los Lin no lloraban delante unos de otros si podían evitarlo; era otra de las ingenierías.
—Entonces sí —dijo solo.
—Sí.
—¿Y tú lo sabías?
—Partes. Nunca el conjunto. Hasta hace poco.
Me miró con esa misma mirada de 2005 y de 1996, la de los niños que descubren el pacto de los adultos. Solo que ahora tenía veintinueve años y la mirada ya no me acusaba del todo. Me medía.
—¿Por qué me lo enseñas ahora?
—Porque ya no hay casa que proteger. Y porque el artículo primero de Rinjiro prohibía mentir a los niños. Tú ya no eres un niño. Y yo ya no soy ministro de nada.
Sonrió un poco, cansado.
—Rinjiro. Casi lo había olvidado.
Estuvimos callados. Abajo pasaba un camión. En algún piso alguien cocinaba con mucho ajo.
Li dejó la foto sobre el cuaderno.
—No quiero llevármela —dijo—. Pero no quiero que la quemes.
—¿Qué quieres, entonces?
—Que exista. En algún sitio. Sin que haya que hacer una religión con ella. Sin que nadie más tenga que enfermarse de significado.
Asentí. Eso también era una forma de ingeniería. Más humilde.

Antes de irse me pidió el reloj. Lo tuvo en la palma, sopesándolo.
—Sigue siendo demasiado bonito —dije.
—Ya. —Lo abrió con la uña, miró la esfera, lo cerró—. Los objetos literarios también matan, Ah Gu. Solo que matan más despacio.
Se lo devolvió.
—Guárdalo tú. Eres el único que no lo usó para callar a nadie.
Eso no era del todo verdad. Pero se lo agradecí.
Ahora es agosto de 2026. Escribo esto en las mañanas, despacio, con la misma birome azul desde hace meses. No tengo archivo. Tengo lo que vi, lo que me contaron, y lo que decidí no preguntar. También tengo, por fin, lo que decidí contar.
No sé si esto es un testimonio o un ajuste de cuentas o solo el intento de un viejo chófer de bajar de una vez a nueve mil metros y pisar el suelo con los dos pies. Sé que al terminarlo pensaré en quemarlo. Y sé que no lo haré. Quemar es lo que hacía Mei Ling. Yo soy el que alcanza las cajas y guarda la llave.
La lluvia negra cayó sobre Hiroshima a los veinte o treinta minutos del destello: hollín, tierra, restos de lo que había sido una ciudad, arrastrados hacia arriba y devueltos como una precipitación espesa, radioactiva, que la gente sedienta bebió. Después se usó la expresión para otras cosas: lluvias de ceniza, lluvias de mercado, lluvias de olvido. En esta familia cayó despacio, durante ochenta años, en forma de silencios, de sobres, de relojes parados, de niños a los que se les decía que no miraran la sombra en la piedra.
Yo estuve debajo de esa lluvia la mayor parte de mi vida y creí que el paraguas era el servicio. Que si esperaba fuera, en el coche, con la radio baja, no me mojaba. Es la ilusión de la altitud y la ilusión del que sirve: son la misma.

No me absuelvo. Tampoco me condeno con gusto. Hice lo que hacen los hombres que necesitan un sueldo y un lugar en la cocina de una casa grande: miré, callé, llevé, traduje a medias, quise a unos niños que no eran míos y les mentí lo justo para que el techo no se les cayera encima demasiado pronto. Cuando el techo se cayó igual, ya era tarde para las verdades limpias. Solo quedaban ruinas y la obligación de caminar entre ellas sin fingir que uno no conoce el camino.

A Maylin le deseo que un día baje del todo, no solo en una habitación de hospital, y que pueda decir "me ha pasado" en primera persona sin que se le rompa la voz. A Lian le deseo que el revelado le siga saliendo borroso y verdadero, y que Kenji le siga mirando a los ojos el tiempo que haga falta. A Li le deseo que sus archivos tengan huecos y que no sienta la necesidad de rellenarlos todos. A Tian le debo, todavía, el haberle llevado el cuaderno tarde. Y el haberle dicho, de niño, que las familias viejas tienen papeles viejos, cuando lo que tenían era una bomba desmontada en piezas inocentes.

Al abuelo Lin Yaowen, o Hayashi Teruo, no le debo nada y le debo este libro entero. Fue un hombre que mandó a su mujer y a su hija a un sitio seguro y se equivocó de sitio. Después pasó el resto de su vida estudiando el artefacto que las borró, como si entender la espoleta pudiera deshacer el segundo en que se abrieron las compuertas. No pudo. Nadie puede. Pero copió y copió, y dejó el cuaderno en un armario cerrado, y de alguna manera confió en que alguien, algún día, haría lo que él no hizo: mirar también hacia abajo.

Mei Ling recibió esa mirada torcida y la convirtió en clima. Que no se sepa. Mantener la masa subcrítica. Yo fui uno de sus instrumentos más fiables. Al final,

cuando ya no quedaba nadie a quien proteger del conjunto, me tocó ser el que juntaba las piezas. No a la velocidad de una explosión. A la velocidad de una escritura. Que es más lenta y, si se tiene suerte, deja algo distinto del cráter.

El reloj sigue en las ocho y quince.

A veces, de madrugada, lo pongo sobre el cuaderno cerrado y pienso en los cuarenta y tres segundos de caída libre, en el salto del avión al aliviarse de cuatro toneladas y media, en el hombre del puente con la piel hecha guantes, en la enfermera que no sabía si dar agua, en el niño Ozaki que vio el amarillo y después la sombra en la piedra, en Li con las manos en el bidón, en Tian con la vía en el brazo diciendo esto no es duelo, es un informe, en Mei Ling hablando en japonés de una lluvia que no vivió y que sin embargo la empapó.

Y pienso en mí, Augusto Sequeira, nacido en Macao en 1954, de padre con nombre y sin dinero y madre con dinero y sin nombre, cuarenta y dos años dentro de una casa de once habitaciones donde no se podía uno sentar sin permiso, ahora sentado por fin, en una silla que es mía, escribiendo lo que no se sabía.

No hay redención en esto. Solo hay el acto de poner las piezas sobre la mesa, una al lado de la otra, sin pretender que juntas dejen de ser peligrosas. Son peligrosas. Lo fueron siempre. La diferencia es que ya no están en rutas distintas ni a nombre de primos muertos.

Están aquí.

Si alguien las lee y siente el impulso de guardarlas de nuevo en armarios separados, que lo haga. No es mi oficio impedir el silencio ajeno. Solo he dejado de fabricar el mío.

Fuera, Hong Kong sigue mirándose en el agua y encontrándose estupenda. El calor de agosto se pega

a la nuca igual que en otras ciudades y en otros años.
A veces oigo un avión alto y levanto la vista un segundo más de lo necesario. Es un tic. No significa nada. O significa todo. A mi edad ya no distingo.
Cierro el cuaderno.
El reloj no lo toco.
La foto de la mujer y la niña la dejo entre las últimas páginas, donde se ve un poco el borde dentado si uno abre el volumen con ganas. No es un altar. Es un recordatorio de que abajo también había nombres.
Me llamo Augusto Sequeira. Fui el hombre que lo sabía casi todo y no constaba. Ahora consto yo, al menos en estas páginas, y lo que sabía ya no es solo mío.
La masa crítica, por una vez, se juntó despacio.
No explotó.
Solo hizo esto: un ruido de birome sobre el papel, una casa que ya no existe, un reloj que no se repara, y la decisión de un viejo de contar lo que vio desde el coche, desde la cocina, desde el pasillo y, al final, desde el suelo del estudio, con las rodillas doloridas y el cuaderno abierto, el día en que entendió que la máquina había funcionado exactamente como estaba previsto.
Y que la familia también.
Y que él —yo— había sido una de las piezas que viajaron por separado para que ninguna pareciera peligrosa por sí sola.
Hasta aquí.
Lo demás es ceniza que ya no levanta nadie.
FIN